



LIT. DE H. JIRIARTE, MEXICO.

S. HERNANDEZ, DIBUJO.

JOSE ANTONIO VILLEGAS
Y
JOSE ZACARIAS CORAS.

I.

EL arte ha tenido siempre que seguir en sus inspiraciones la corriente de una época y las preocupaciones de un siglo. Creado para el gusto de los hombres, sus manifestaciones han sido siempre las mas propias para halagar á aquellos que lo alentaban, y producto de la imaginacion de un artista, sus obras han llevado siempre el sello de las ideas de su creador.

Así vemos al arte griego con sus formas aéreas y simétricas, con su gallardía y su uniformidad, con su sencillez y su magestad, revelar la existencia de un pueblo apasionado de lo bello, que tiene por supremo ideal lo sencillo; de un pueblo para el que la primera condicion estética era la correccion de la forma; al arte egipcio denunciar en sus pirámides, en sus monolitos grises y pesados, las tendencias de una nacion que era una vasta tumba, y para la que el sepul-

cro era el altar, la cuna y el lecho, y al Renacimiento unir en feliz consorcio la coquetería de las molduras góticas á las sencillas y elegantes líneas de la arquitectura griega.

Miguel Angel sujetando su inspiracion pagana á los asuntos bíblicos; Rafael amoldando su ideal al ropaje de la madre del catolicismo; Benvenuto Cellini grabando las armas de Francisco I en sus lucientes y argentadas copas; Herrera sujetando y arreglando sus pórticos y sus galerías á la planta de una parrilla, demuestran que el arte sigue en sus manifestaciones el espíritu de una época determinada.

Conforme á esta verdad, el arte hubo de seguir y siguió en la Nueva-España el carácter religioso y fanático de sus habitantes, y en su forma, aquella que dominaba en la metrópoli, que se reflejaba con mas ó menos intensidad en sus colonias, por una lógica de sucesos y de principios.

Los civilizadores, ó por mejor decir, los fundadores de la nueva sociedad que tuvo su origen en la conquista, contaban como sus mas poderosos auxiliares á los religiosos, ellos eran los primeros en construir, los primeros en amoldar las *cosas de la tierra* á las necesidades de la nueva sociedad, y el espíritu religioso estuvo sobre todo desde los primeros dias de la colonia.

Construidas las primeras iglesias á manera de castillos, poco se cuidó de los adornos, hasta que pasado el tiempo, afianzado el poder español, el clero necesitó del boato deslumbrador del catolicismo como de una arma y de una base para su poder sin límites. Entonces fué cuando nació el arte en la colonia. Los maestros de obras delinearon plantas y portadas mas ó menos originales para las iglesias; los pintores llenaron con sus lienzos los claustros; los productos naturales del país fueron aplicados, y el *tezontle* sirviendo para los muros de los templos, y el *cedro* para los techos de los conventos, y el papel de maguey para los misales, fueron un poderoso auxiliar y un medio de dar cierta originalidad al arte que aquende los mares pretendia imitar al arte español. La calidad del instrumento hubo de variar el fondo de la obra.

No fué esto tan solo lo que motivó la originalidad del arte mexicano, arte católico, es cierto, arte nacido en las faldas del arte español; pero arte que tuvo su hora y su manera especial, su fin y su desarrollo propio. Como las preocupaciones que trajeron los conquistadores se aumentaron por una parte y se modificaron por la otra en sus colonias, las pinturas, los bajos relieves y las esculturas que tenian por objeto impresionar el ánimo de las masas, hubieron de tomar un aspecto indígena, que es quizá la mayor originalidad del arte colonial.

Estas observaciones han sido necesarias al hablar de los primeros escultores mexicanos, que como dice muy bien un biógrafo: no tuvieron la libertad de manifestarse libremente, y apenas pudieron en el reducido círculo de los asuntos religiosos, dar pruebas de su buen gusto y de sus disposiciones naturales.

II.

La escultura fué quizá la menos cultivada en nuestra patria; la escultura que da vida á la piedra, que eterniza la forma del sér humano, que por medio del cincel perpetúa los contornos, las facciones, el ropaje de los dioses ó los héroes, que anima los séres ideales y convierte en realidad los fantasmas; la escultura, que hace hablar al mármol en el Moises de Miguel Angel, inspirar amor en la Vénus de Fidias, horrorizar en el grupo sublime de Lacoonte, que dominando el bronce ó el cedro trasmite á los siglos la imágen de Marco Aurelio ó salva del olvido á Carlos IV, tuvo muy pocos que en la colonia se sirvieran de ella para expresar sus inspiraciones. Apenas si entre los *santos* que llenan los altares de las iglesias de pueblos se encuentra alguno que tenga cierta correccion; apenas si entre las imágenes de las catedrales hay alguna que no sea deforme.

A José Antonio Villegas Coras y á su sobrino José Zacarias, cupo la gloria á mediados del siglo XVIII de iniciar una verdadera escuela de escultura mexicana, y sus obras bajo los nichos de los altares de Puebla ó en las torres de la catedral de México, son un eterno monumento del ingenio mexicano.

III.

José Antonio Villegas Coras nació en Puebla el año de 1713, y debió su educacion á los jesuitas, con quienes aprendió hasta filosofía; pero hubo de ser extremada su afición al dibujo, pues abandonando estudios y colegio se dedicó á la escultura y á la arquitectura.

En aquella época los arquitectos no eran profesores, ni artistas: *maestros de obras* se llamaban y eran artesanos como cualquiera otro, aunque levantasen enhiestas torres, gallardas cúpulas y suntuosos templos. El que se dedicaba á la arquitectura no tenia ni escuela, ni maestros; la rutina de los maestros de obras, las nociones elementales del dibujo, ciertos teoremas de mecánica y de geometría, era todo lo que podían aprender; y si descollaban, si como Tres Guerras immortalizaban su nombre en un monumento como el Cármen de Celaya; si como D. Manuel Rincon construían grandiosos puentes, todo era debido á su ingenio, á su voluntad y á su estudio.

Asombra verdaderamente que en medio del atraso que en este ramo se notaba en la enseñanza, humildes artistas, hombres sin educacion científica, sin mas elementos que una ciega rutina aprendida prácticamente, dejasen á la posteridad obras que serán siempre, á pesar de sus defectos, eternos modelos de lo que puede la fuerza del génio de un hombre.

Ignórase si José Antonio Zacarias Coras construyó algun monumento en Puebla; pero su mayor fama es como escul-



LA PURISIMA
Escultura de los Cora, existente en Puebla.

tor, pues en este ramo dejó obras consideradas como de primer orden. Las iglesias de Puebla estaban llenas de sus imágenes, y entre las mas notables cítanse la *Purísima* de la iglesia de San Cristóbal, la *Virgen* de la iglesia del Cármen, la de la Merced y un *San José* del convento de San Pablo.

En cuanto á su vida, deslizose tranquila en medio del trabajo, ocupado tan solo de la educacion de su sobrino, y de sus obras, no vislumbrando tal vez su alma de artista como premio de sus afanes, mas que el mezquino jornal que recibia de las personas que lo ocupaban. Triste es pensarlo, pero las mas veces el hombre de mayor inspiracion, el que está destinado á legar un lienzo magnífico, un grupo inmortal, una armonía divina al mundo, no tiene mas estímulo, que satisfacer al día siguiente sus mas precisas necesidades.

José Antonio Villegas Coras murió en Puebla, su ciudad natal, y de la que nunca salió, el 14 de Julio de 1785, dejando á su sobrino la tarea de continuar la gloria de su nombre. Su cadáver fué enterrado en la parroquia del Santo Angel.

“No trató, dice uno de sus biógrafos, de copiar sus estatuas de la naturaleza, sino de la belleza ideal, que encerraba su mente y que dió á sus obras una sublimidad de expresion y una gracia en los detalles que es muy difícil encontrar aun en los mejores modelos de Europa. Los rostros de sus imágenes del Criador, tienen ese sello divino que nos hacen mirarlos con santo respeto y recogimiento profundo, y sus Virgenes ostentan una suavidad de expresion y una dulzura, que nos inspiran tierna uncion y grata simpatía hácia la Reina del cielo. Los ropajes, las actitudes, la armonía, todo, todo está perfectamente acabado por su delicado cincel, y hace elevar un voto de admiracion hácia el célebre artista, prorumpido por personas que contemplan obras tan magníficas.”

En una palabra, pertenecia á esa escuela que pretende embellecer á la naturaleza por medio del arte.

IV.

Cuando oimos decir que un artista representa la belleza ideal, una sonrisa de incredulidad vaga por nuestros labios, y necesitamos recordar que en los estadios del arte luchan á brazo partido dos escuelas distintas, una que pretende embellecer á la naturaleza y otra imitarla, para comprender la frase. Pero podrá la pretension de un artista, podrá un crítico asegurar que la naturaleza ha sido embellecida, y sin embargo, no habrá sido sino imitada en uno de sus rasgos mas bellos ó en uno de sus mas límpidos momentos.

El cincel que comunica vida á la piedra insensible, movimiento al ébano, sentimiento al mármol, no corrige, no forma una verdad superior á todas las verdades, no anima con un sentimiento superior á todos los sentimientos, sino con la verdad, con el sentimiento que anima al artista; no es sino el instrumento de su alma, y mientras mas elevada sea su idea, mientras mas grandiosa sea la inspiracion que la naturaleza le cause, mas elevada y mas grandiosa será su obra.

Los artistas de la *manera* de José Antonio Coras, creen las mas veces representar un ideal, cuando no están sino copiando la belleza tal como la siente su alma, tal como se refleja en su cerebro; por eso es sin duda que quitando á las cosas sus verdaderos nombres, se habla de idealismo en obras en donde la forma es el todo.

V.

José Zacarías Coras, sobrino del anterior, nació en la misma ciudad de Puebla el 9 de Junio de 1752, y empezó á aprender las reglas de la escultura en el taller de su tío.

Este artista, viviendo en la misma mediocridad que su maestro, dejó como muestras de su talento el *Cristo* llamado de los *desagravios* que existia en el convento de San Francisco de Puebla, y un *Calvario* que figuraba en la curiosa galería del ya difunto Sr. Cardoso, entre otras muchas obras dispersas en los templos de su ciudad natal.

Al contrario de su tío, sus obras se acercan mas á la realidad: hay tal vez en ellas menos pureza, pero imitan la verdad, tienen mas fuerza en el contorno, mas energía en la forma. El génio de José Zacarías era mucho mas viril que el de su maestro, y segun un crítico: "en lo que mas se distinguió fué en las esculturas del Crucificado, en las que se observa la profunda angustia de su agonía, en las que se palpa su cuerpo lacerado por la saña de sus verdugos, y ese esfuero en la actitud comunicado por la tortura."

La obra tal vez que mas célebre ha hecho á José Zacarías Coras fué la ejecucion de las estatuas que coronan las torres de la catedral de México, concluidas á principios del siglo, segun los dibujos del arquitecto D. Manuel Tolsa, el constructor de Minería, y el autor del modelo de la estatua ecuestre de Carlos IV. José Zacarías hubo indudablemente de venir á México, pues de otro modo era difícil que se le hubieran encargado estas estatuas á Puebla. Este viaje tuvo lugar, segun opina un sábio poblano, despues de la muerte de su tío, aunque tambien se asegura que fué llamado á México expresamente para que ejecutase estas estatuas.

Como obra artística, las estatuas que adornan las torres de la catedral de México son de un efecto sorprendente; tienen tal vez demasiada dureza en sus contornos, pero su actitud es digna, noble, su vista completa el edificio y sus proporciones están maravillosamente calculadas.

José Zacarías Coras volvió á Puebla despues de terminada su tarea, y tranquilo como habia vivido, murió el 9 de Junio de 1819, á los sesenta y siete años justos de edad, siendo enterrado su cadáver en el convento de San Francisco, que él habia adornado con sus mejores esculturas.

VI.

“En otro teatro que el nuestro, dice un poeta mexicano al hablar de los Coras, estos dos célebres artistas hubieran llamado la atención de las naciones civilizadas, pues que en sus obras, que se resentían de la falta de libertad en el estrecho círculo de asuntos religiosos, las dotes privilegiadas de los artistas de la época colonial, y la falta nunca bien lamentada de los modelos, hace que el talento no despliegue toda su fuerza en creaciones profanas, en grupos mitológicos é históricos que hubieran rivalizado con las mejores obras de la patria de los Médicis y Canova. Pero de todos modos, los Coras son nuestros primeros escultores.”

En efecto, pocos asuntos podían inspirar en aquella época de mal gusto á artistas superiores como eran los de que hemos hablado; en aquel entonces, las imágenes eran revestidas con túnicas, bordados y oropeles; los cuadros embadurnados por las pudorosas monjas, que se escandalizaban de que un pintor observase las reglas más elementales de la anatomía; y solo las personas piadosas, los frailes y los clérigos ocupaban á los artistas, de modo que su talento tenía que reducirse á los asuntos sagrados, y cuando más podía aspirar á tener un lugar en un claustro ó en un refectorio. Hoy, es cierto, nadie, ni esas mismas personas, protegen las bellas artes; pero en cambio, cada día se construyen nuevos palacios que se adornan con obras de arte; cada día se educa más nuestra sociedad, y sobre todo, el artista tiene el don inapreciable de la libertad para sus inspiraciones, y ancho y descubierta el camino al viejo mundo, donde el nombre de *mexicano* es hoy el más seguro de los pasaportes y la mejor de las recomendaciones.

Al tributar un homenaje de gratitud á los hombres ilustres de nuestro país, justo, y más que justo noble, es recordar á

los que viviendo en la vida del arte, supieron legar su nombre á la posteridad á través de las sombras de los tiempos coloniales.

José Antonio Villegas y José Zacarías Coras obtuvieron esta gloria; por eso es que ocupan un lugar preferente en esta galería, vivo testimonio de gratitud á los héroes, á los ingenios y á los salvadores de nuestra patria.

GUSTAVO BAZ.